

## *Agustín Millares Carlo*

Félix SAGREDO

*(Como homenaje a la memoria del  
ilustre polígrafo.)*

La revista DOCUMENTACIÓN DE LAS CIENCIAS de la INFORMACIÓN se suma con estas breves páginas al dolor sincero y admirado por la desaparición de una de las figuras más señeras de la ciencia hispana contemporánea.

Justo era hacerlo así, ya que el primer artículo de la primera revista de Documentación, aparecida en la Facultad de Ciencias de la Información en las postrimerías de 1976, lo rubricada precisamente el doctor Millares Carlo.

Don Agustín ha sido sin duda el canario más universal del presente siglo, que ha llenado generosamente con su erudición y un humanismo sin igual en el más amplio sentido del término.

Desde que en 1924 cruzara el Atlántico, al ser nombrado miembro numerario de la Junta de Historia y Numismática de Buenos Aires, hasta su último viaje a Maracaibo en el otoño de 1979, podemos decir que su labor debe ser medida por los miles de kilómetros de sus andanzas.

La vida del *Millares* (como lo llamara el gran paleógrafo Giorgio Cencetti) y su actuación cultural y humana aparecen como inéditas en los campos de la Historia, de la Paleografía, de la Bibliografía, de la Filología Latina y de los Estudios Canarios y en otros muchos ámbitos del quehacer científico y humano.

Amigo y compañero, en fastos y nefastos días, de sabios como Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Menéndez Pidal, etc., y de todos los intelectuales hispanos de su siglo (pues don Agustín jamás tuvo enemigo alguno) desarrolló durante sus casi noventa años de vida y hasta el fin de ella, con una lucidez privilegiada, una actividad tan sorprendente en el mundo universitario y fuera de él, que su

memoria jamás podrá olvidarse entre quienes fuimos sus amigos o sus discípulos.

Y cuanto apuntamos hacemos constar que no lo redactamos como florilegio «post-mortem», sino como trasunto incuestionable y debido a la vida y a la obra de un hombre, que se identificaron tan armónicamente en bien de la ciencia humanística y de la sociedad, que un día alguien ahondará con fruto en el océano profundo de su sabiduría, proporcionándonos sorprendentes resultados.

En 1909 llegaba a Madrid el adolescente grancanario —nacido en 1893— después de haber cursado sus estudios en las Islas. Traía una carta de presentación para don Marcelino Menéndez y Pelayo (\*). En el otoño de ese mismo año se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, sita entonces en la calle de San Bernardo, que recordará con particular cariño durante toda su vida, por haber sido el escenario de sus trabajos intelectuales y de su alegre y fecunda vida de estudiante. Concluye sus estudios de Licenciatura en 1913 con resultados brillantes, cursando el doctorado entre los años 1913 y 1914. Revalida la Licenciatura con Sobresaliente el 29 de febrero de 1914, y le es adjudicado el Premio Extraordinario de Licenciatura, que se completará con el Doctorado, aquél en 1914 y éste en 1915.

Al expirar el mismo año 1914 se le adjudica el premio Rivadeneira. En la primavera de 1915 es ya Catedrático de Latín del Ateneo de Madrid. Entra a formar parte del profesorado como «auxiliar interino sin sueldo» de la Universidad Central en el año 1916, en las cátedras de Bibliología y Lengua Latina. Curiosamente esas primeras actividades académicas coinciden con sus últimas aficiones científicas, ya que al dejarnos en febrero de 1980 figuraban entre sus obras en prensa en la Editora Nacional y en la Fundación Universitaria Española, trabajos sobre *La Imprenta de Barcelona* y la traducción del tomo I de la «*Bibliotheca Hispana Nova*», de Nicolás Antonio, respectivamente.

Presenta su Tesis Doctoral en 1918, el 18 de noviembre, con el título «Privilegios Pontificios en pergamino de los Archivos Españoles». Los diarios canarios recogerían la noticia de su triunfo académico resaltando su aportación al estudio de los guardados en la Seo de Urgel.

A finales de la década de los diez, mayo del 19 exactamente, es nombrado por R. O. del día 6 «auxiliar temporal de Letras» con la remuneración correspondiente.

---

\* No hubiéramos podido confeccionar la presente Memoria sin la meritisima aportación a la biografía de Millares que redactara doña María del Carmen Pescador en el primer volumen del *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, Las Palmas de Gran Canaria, Caja Insular de Ahorros, 1975, 2 vols.

En 1920 comienzan sus aspiraciones a la Cátedra de Paleografía de la Universidad, materia de la cual será maestro indiscutible hasta su fallecimiento, o sea, durante más de medio siglo.

En junio de 1921 oposita a la plaza de catedrático de Paleografía de la Universidad de Granada, oposición que se le adjudica laudatoriamente por R. O. de julio del mismo año. Sólo desde octubre de 1922 a marzo de 1923 ejerce la docencia en Granada, pues en marzo del 23 ha conseguido la plaza de Conservador del Archivo Municipal de Madrid.

Para entonces ya había publicado varias colaboraciones importantes en Filología Latina, Paleografía y Bibliografía. Así, por ejemplo, en 1916 escribía *Acerca de la forma del imperfecto latino*; en 1917, *Un Documento epistógrafo del siglo XI*, y en 1918, tres aportaciones al campo de la Paleografía: *Documentos pontificios en papiro en los archivos catalanes* (una obra de 246 páginas hoy rarísima), *Un Códice notable de los Libros Morales de San Gregorio Magno sobre Job*, tema que ampliaba el mismo año en *Estudios paleográficos* en una publicación de la Imprenta Helénica de Madrid, y, por fin, una disertación muy interesante sobre *Feijóo y Mayans* en 1923, preludeo de la introducción a las *Obras* de Feijóo de la Biblioteca de Autores Españoles.

Sería prolijo enumerar los libros artículos, colaboraciones, etc., que sobre los apartados reseñados escribió don Agustín, que, como hemos indicado en nota, han sido admirablemente recopilados por la erudita archivera Carmen Pescador, y que hoy constituyen una de las metas de investigación del Seminario «Millares Carlo», ya abierto, poco después de la desaparición del Maestro, dentro del Centro Regional de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Las Palmas de Gran Canaria, donde don Agustín tuvo su último despacho. Allí hemos recopilado en marzo de 1980 todos sus libros y manuscritos que él dejó en las Islas Canarias, por iniciativa del hoy director del Centro Regional de la UNED, profesor García Blairsy.

Instalado en Madrid, recaba la excedencia de la Cátedra granadina y contrae matrimonio con doña Paula Bravo Martínez en la primavera de 1923. Entre agosto de 1923 y enero de 1924 debemos situar sus actividades madrileñas para la fundación de la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid», que inaugurará los esfuerzos por la vulgarización de los estudios matritenses, del que luego fuera miembro honorario del Instituto de Estudios Madrileños.

En abril de 1924 es correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, ciudad a la que dedicará, en sus días últimos, uno de sus más importantes estudios sobre la *Imprenta catalana*, premio Cisneros en 1974, y en la cual ya había trabajado desde 1935.

Mediado el decenio de los 20 encontramos a don Agustín en Argentina, que dejará en 1926 para opositar a la Cátedra de Paleografía de la Universidad Central, ganada al siguiente año. Las actividades en la Universidad madrileña le ocupan ampliamente entre los años 1926-29. Ello, no obstante, colabora en la prensa liberal de la época con importantes y documentados artículos en «El Sol» de Madrid.

En 1929 aparece una de sus obras cumbre: la *Paleografía Española*, publicada en Labor, y cuyo contenido superaba ampliamente los estudios de Muñoz y Rivero y López Valdemoro, entre otros. A esta obra sigue en 1932 su célebre *Tratado de Paleografía Española*, galardonado con el premio Fastenrath. Desde entonces hasta 1980 —es decir, dos días antes de dejarnos el 8 de febrero— trabajará incansablemente por remozar aquel preciado texto para la Editorial Espasa-Calpe, hoy joya bibliográfica, y cuya remodelación dejó en los umbrales de la publicación.

Desde luego que esta actividad peninsular y también internacional no le había hecho olvidar sus Islas Canarias, a las que volvía regularmente. Ahí están sus publicaciones que lo patentizan: trabajos sobre el Padre Ancheta, y desvelos por profundizar acerca del tema desde una escala que hizo en Río de Janeiro en 1924; interés por el alumbramiento de la revista «El Museo Canario», reaparecida en 1933, etc.

Su llegada a la Real Academia de la Historia —uno de los centros donde ha desarrollado una actividad más continuada y eficiente— como miembro de número ocurre en 1934. De su silla toma posesión con un discurso sobre *Los Códices visigóticos de la Catedral de Toledo*, discurso contestado —aunque no leído por el interesado debido a una enfermedad— por el también maestro Claudio Sánchez Albornoz.

Las actividades entre los años 1935 y 1936 se van incrementando. Más de trece publicaciones en dos años, truncadas por los avatares políticos posteriores. Algunas fueron verdaderamente trascendentes, como la titulada *Documentos. Lope de Vega y el Cabildo de Las Palmas o la Gramática elemental de la Lengua Latina*, aparecida en 1936.

Permanece en el verano de 1936 en Madrid, y al finalizar el año realiza un viaje a Francia, en donde, con autorización del Ministerio correspondiente, se propone minuciosamente tareas científicas en París, tareas que tiene que interrumpir por su adscripción a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia en octubre de 1937.

Entre 1937 y 38 son frecuentes sus idas y venidas al Midi francés, hasta que en junio de 1938, fallecida su esposa en Francia, atraviesa de nuevo el Atlántico rumbo a México, con los prohombres de la emigración, y con el cargo de Vicecónsul del Gobierno de la Repú-

blica Española, entrando por la puerta grande en la Casa de España. Quizá su cordial liberalismo y sus amistades con el Presidente Manuel Azaña y otros notables del último Gabinete Republicano le obligaron a permanecer en el exilio hasta 1952, aunque, a decir verdad, el cuño político del doctor Millares Carlo era más de carácter científico y humano que afín a las controversias del momento, tan tristes por otra parte para nuestra reciente Historia.

Los primeros años de 1940 presencian su incorporación a la Universidad Autónoma de México (1941) y la aparición de obras en el campo del americanismo, al que se dedica con un éxito inusitado.

En 1949 se accede a su solicitud de repatriación, y a pesar de haber sido nombrado «profesor de carrera» por la Universidad de México regresa provisionalmente a España en el 52, si bien por corto espacio de tiempo, ya que el ambiente aún no le era muy propicio. En consecuencia no volverá a Madrid hasta 1959. Entre sus obras de estos años figuran *Juan de Pablos, primer impresor que a esta tierra vino*, de 1953, y el *Album de Paleografía Hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, aparecido en 1955, que recuerdan sus actividades americanistas.

En el año sabático de 1959 vuelve, según acabamos de apuntar, a España, y desde aquí viaja a Venezuela, en donde, por designios del destino, se afincará a partir de 1960 como profesor de la Universidad de Zulia en el Estado de Maracaibo. Allí promocionará actividades tales como el *Boletín de la Biblioteca General* y otras múltiples aportaciones bibliográficas, que se multiplicarán a medida que transcurren los años. Muchas de ellas tienen por objeto ahora a Venezuela, que lo cuenta entre sus hijos adoptivos más ilustres.

Por fin la Universidad de Madrid lo repone en su Cátedra en 1963, de la que se jubila regularmente en el mismo año como catedrático de Paleografía.

Por imperativos de su trabajo y compromisos en la Universidad de Zulia regresará a Venezuela, en donde creará una verdadera Escuela de Paleografía y Bibliografía.

La primera promoción de Humanidades de esta Universidad se denominará «Millares Carlo». Por aclamación del estamento universitario es promovido a Doctor Honoris Causa de la misma. La colación del título se le hace en 1966, en el mes de octubre.

De principios de los años 60 son publicaciones como *Los Archivos Municipales en Latinoamérica, Tres estudios bibliográficos, Historia Universal de la Literatura Latina*, que ha alcanzado doce ediciones en el Fondo de Cultura Económica.

De 1965 es su *Ojeada a la Historia de la Imprenta y del Periodismo en Venezuela: 1880-1830*, completada en 1968 por *La Imprenta y el Periodismo en Venezuela desde sus orígenes hasta mediados del si-*

glo XIX. Estas labores afines al campo del periodismo culminan con su obra *Materiales para la Historia de la Imprenta y el Periodismo en el Estado de Zulia*, aparecida en 1970. Asimismo en el mundo de la Bibliografía estudia a Andrés Bello hacia el año de 1970.

En 1966 se había elaborado, con motivo del 75.º Aniversario de la Universidad de Zulia, una exposición de sus obras. Allí quedaron la mejor colección de ellas, que ni el mismo doctor Millares logró conservar tan completa por su generosidad.

En 1967, año sabático, visita México y Madrid. Puede decirse que a partir de estos años sus idas y venidas del y al continente americano a las Islas Canarias y a la Península son incesantes, y todas motivadas por una cantidad ingente de estudios en proyecto o en curso.

En 1967 es correspondiente de la Real Academia Española por Canarias y recibe en ese mismo año el Premio «Fray Junípero Serra», al mismo tiempo que la «Hispanic Society» de Nueva York lo hace su miembro numerario. Homenajes que culminan con el nombramiento en 1970 de hijo predilecto de Las Palmas.

La Fundación Juan March le beca en 1971 un estudio ya finiquitado al dejarnos, *Corpus de Códices visigóticos*, una de las obras más importantes de don Agustín Millares en el campo de la Paleografía visigótica, del que será el maestro indiscutible por muchas décadas.

Exhonerado parcialmente a principio de la década de los 70 de sus quehaceres universitarios —aunque jamás dejó de sentirse profesor—, se aplica a la investigación con una fecundidad que no por repetida deja de resultar menos interesante por lo que se refiere a sus resultados.

Canarias y Madrid, junto con Maracaibo y México capital, serán sus mecas reiteradas a partir de 1974. En su apartamento de la calle de Sta. Teresa, o en su chalecito alquilado de Tafira Alta, en Gran Canaria, o en su residencia, no por corta menos entrañable, de «El Madroñal», cerca de Las Palmas, en directísimo contacto con el Museo Canario, así como con la Dirección del Plan Cultural Canarias, transcurrirán sus últimos años en constante labor científica y en búsqueda constante de nuevos datos para sus múltiples trabajos en telar.

La Pensión Alfaraz, de la calle de León, junto a la Real Academia de Historia, o el Hotel Santander de Madrid al mismo tiempo, saben de sus horas de insomnio fecundo dedicadas a retocar constantemente el *Tratado de Paleografía española* en edición actualizada, y otras múltiples publicaciones, como *Don Andrés Bello (1871-1865)*. *Ensayo Bibliográfico*, 1972; *Prontuario de Bibliografía General*, 1973; *Don José Mariano Beristáin de Souza (1756-1817)*. *Noticia biográfica*. *La Biblioteca Hispano-americana*. *Biobibliografía de su autor*. *Testimonios*, 1973; *Biobibliografía de escritores canarios*. Siglos XVI,

XVII y XVIII, 1975; *Maracaibo y la Independencia de América*, 1977; *Libros españoles y portugueses del siglo XVI del Legado San Román de la Real Academia de la Historia* (en colaboración con Hernández Suárez), 1978, así como su trabajo en el tomo *La Imprenta en Barcelona*, de Editora Nacional, ya ajustado, nos dan una somera idea de esta prodigiosa fecundidad.

En 1975 don Agustín Millares era objeto de un magno Homenaje que le tributara su tierra natal y que cuidadosamente patrocinara la Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria. Decenas de firmas acreditadísimas en todos los ámbitos del saber humanístico se reunieron para juntar la mejor expresión de su admiración.

Cuando en 1978 deja la dirección del Plan Cultural Canarias, establecido en el Cabildo Insular de Las Palmas, organiza incansable, en el Museo Canario, un Centro de Estudios Filológicos, anexo al mismo Museo y que en el otoño de 1979 será trasladado según indicamos a la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Centro Regional de Las Palmas, donde hoy se han reunido sus libros y escritos.

Todavía en los postrimerías de 1979 el Gabinete Literario de la ciudad le rinde un Homenaje, nombrándole su Socio de Honor. Para aquellas circunstancias elaboró un discursito de puño y letra, a sus 87 años, que fue una verdadera delicia de erudición para cuantos le escuchamos, citando reiteradamente «De Senectute» de Cicerón.

En aquellas circunstancias me cupo el honor de presentar sus méritos y de entregarle una «Tizona» labrada como símbolo de sus constantes victorias en la batalla de las Letras. Con ella el doctor Millares Carlo quedaba invicto caballero, sin duda aún después de muerto, como lo sería Mio Cid. Este vasallo de la investigación y del humanismo, vasallo fiel y laborioso, ha abierto con la espada de su pluma una senda cuyos horizontes son tan amplios como los de la misma cultura española.